DESDE AMSTERDAM

ARIEL DORFMAN

EL CARTERO DEL EXILIO

Levanto los ojos de la carta que viene desde Chile y trato de que siga mi cuerpo allá donde está mi imaginación, allá donde residen los remitentes. Por un instante lo logro, por un instante quizás cerca de lo perpetuo, logro frágilmente permanecer en ese país, ese mi propio país en el que puedo pensar pero al que este organismo humano que se llama cuerpo y que responde a mi nombre en un pasaporte no puede, por el momento, volver.

Allá en las cartas sucede todo. Las abuelas agonizan en secreto para no alarmarnos, salen celebrantes los dientes de leche de sobrinos que no vimos crecer, los hermanos se casan y los amigos se separan, se intuye hambre y soledad detrás de frases risueñas y en la lentitud todo se va volviendo foto, papel, recorte, postal, estampilla. Desaparece gente que uno ha amado, que caminó debajo de árboles universitarios con nosotros. O se sabe de jóvenes, que no ocuparon siquiera un rinconcito del horizonte de nuestra atención, de jóvenes que sacan, número a número, revistas y poemas y discos. Jóvenes que nos invitan a sumarnos a su sonido de orquesta. Y de repente, en medio y por debajo del papel, reminiscencias veladas a esplendores que fueron compartidos o a rejas que se cierran, de repente una tristeza inmensa, alguien que llora, que lloró unos días atrás cuando redactaba la carta, alguien que llora y que ha llorado y al que no podemos consolar.

Días en que lo único que parece suceder dentro de una nítida bruma, lo único verdadero en comarca extraña y extranjera, es la carta que llegó, bajar veinte veces a espiar los pasos del cartero, simulando indiferencia a medida que se acerca, esperar unos minutos masoquistas saboreando el sobre por fuera con la delicia anticipada de noticias y cielos azules y empanadas. Y la urgencia de zambullirnos en las palabras, penetrar y poseerlas a fondo, encontrar al final del túnel de las palabras la llave que nos devuelve a las raíces que seguimos llevando adentro en tierra portátil e invisible. Como si la carta fuera una piscina y uno pudiera emerger del otro lado mágicamente y hallarse en la casa de quien la escribió y decirle hola, acá estamos, acá no pasó nada.

Decirle: ¿por qué no escribiste más? ¿No sabes que en el exilio, no hay bar de la esquina, ese bar donde están las caras conocidas o los encuentros fortuitos en castellano, las últimas novedades, el olor a sopaipillas? En el exilio, el bar de la esquina, si existe, está lleno de holandeses ruidosos y amables, franceses agrios, norteamericanos melancólicos y violentos. Así que cada carta no sólo nos anula la imposible distancia, sino que recrea la mesa en torno a la cual nos podemos sentar a seguir conversando. Cada carta como un rito que reúne a la familia dispersa, como si avisáramos en voz alta que esta botella de tinto la vamos a convidar nosotros.

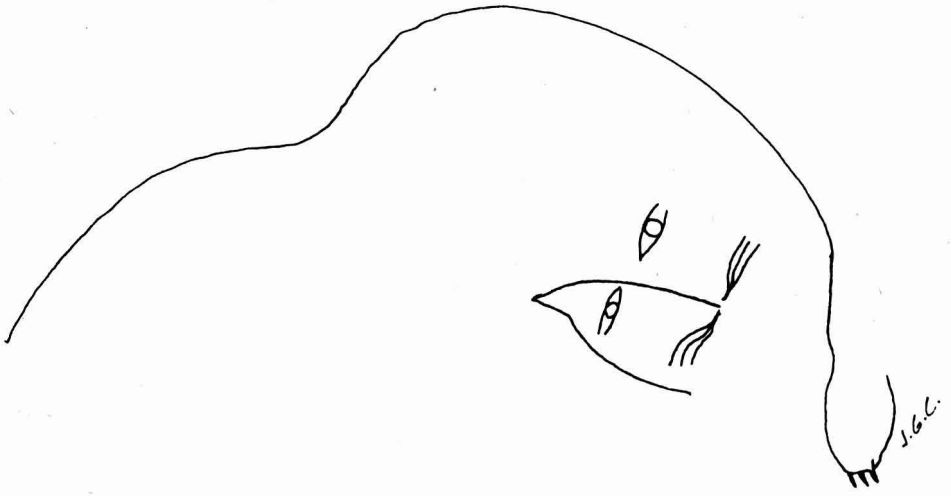
Y coleccionamos minuciosamente las cartas y las amontonamos en cajas de cartón que en sus orígenes contenían duraznos en conserva o pinturas de color verde. Y a medida que los años pasan, terminamos por tener más cajas que muebles o discos o libros. Y no es para releerlas, para congelarse en la nostalgia. Es simplemente como aquel poema de Brecht que citaba Mario Benedetti: un hombre que andaba con un ladrillo para mostrar cómo era su casa.

Así ando yo con mis cartas de acá para allá, atravesando fronteras y trocando hogares, como si adentro de esos pedacitos de papel estuviera el hilo que me va a conducir de vuelta, descubrir algún día allá el oculto itinerario de nuestra migración, los años que alguien nos robó. Volver a Chile con nada más que eso: un baúl repleto de correspondencia, servilletas con fechas transcritas, mi macetero de tierra de papel.

Con ganas de meterme adentro de un sobre y que lleguemos expreso y por correo certificado y amanecer ante los atónitos ojos de nuestros lectores como un sol tan fiel que ha sabido salir por segunda pacífica vez en el mismo día interminable...

MÚSICA

POR MAURICIO CIECHANOWER

UNA PRESUNTA INVASIÓN DE MÚSICA "INCULTA"

Al margen de su rotundo éxito de público —los organizadores dan cuenta de una cifra aproximada a los 20 mil asistentes, en los ocho recitales